

## A LOS MEXICANOS DEBE PAGARSELES EL MISMO SUELDO QUE A LOS EXTRANJEROS.\*

Por el LIC. R. DE LA CERDA.

Acaba de dar un fallo la Suprema Corte de Justicia, ordenando que a los mexicanos debe pagarse el mismo sueldo que a los extranjeros cuando pueden desempeñar un cargo igual. La Ley del Trabajo manda que la mayoría de los empleados y obreros ocupados en las empresas extranjeras sean mexicanos y el Senado acaba de comprobar que son innumerables las casas extranjeras establecidas en esta ciudad-capital, donde el ochenta y hasta el cien por ciento son extranjeros nacionalizados, es decir, extranjeros, y, para remate, hasta clandestinamente metidos en casa, por la cocina, para despojar a los nuestros del pan de cada día. ¿Todavía conquistados y conquistadores? ¿Las guerras de Independencia, las guerras por la libertad, con tantos sacrificios, nada valen, ni para nada sirven ante las artimañas y tretas de los intrusos?

Un sueldo igual a extranjeros y mexicanos, y ocupar a éstos de toda preferencia son cosas de elemental Justicia y hasta debe ser un principio indiscutible, pero en la realidad poquísimas veces se ha visto. Ha sido y es, una rara excepción. Convertirla en la regla o en un mandamiento nacionalista, es defensa, es un alto deber patriótico y nos llevará a una verdadera conquista mexicana. Más valiosas que las conquistas de territorios son las conquistas de los valores reales que forman la verdadera cultura. Para llegar a ella debemos colocar este mandamiento sobre el sólido tripode del derecho que nos asiste, de la vergüenza que no tolera despojos y de la dignidad que es confianza en nosotros mismos. Los que acá han tenido privilegios, y hasta los exigen, ¿cuáles dan a los nuestros en sus gallineros? Si hay afán changuno de imitarlos, ¿por qué no imitarlos en este detalle negro?

Los extranjeros, cubiertos con la armadura de hojalata de una superioridad que ya no tienen, han explotado sin piedad nuestras riquezas y el trabajo de los nuestros con un aplomo que da grima. ¿Conquistados y conquistadores todavía?

Pero hay que convenir que de esta irritante injusticia, nosotros tendremos la culpa si permitimos que subsista, ya conociéndola. Hay que definir y separar. Está profundamente arraigado aún en la inmensa mayoría de nuestra gente un sentimiento de inferioridad colectiva, por admirar siempre lo de fuera, debido a una mala costumbre. Es la triste herencia, inevitable por algún tiempo, de la cadena de generaciones, despóticamente remachadas a una obediencia indiscutible a través de siglos. Esta verdad subleva a los apasionados, a los medio leídos y a los redentores ateos, pero fué así necesario. Los pueblos, como los hombres, tienen niñez y juventud y en las escuelas primarias de antaño la palmeta redujo los impulsos bravos para formar una subconsciencia por sensibilidad antes que la idea amorfa pudiera cuajar.

Los frailes misioneros y los virreyes fueron los primeros maestros de escuela de nuestro espíritu nacional. Don Porfirio fué el último, pues la independencia, muy relativa por cierto, no se adquirió de golpe en 1821. Ha venido por partes... y falta algo, o mucho todavía, a pesar de las bellas apariencias. Nuestros "maistros" fueron unos grandes hombres.

Luego, en la impulsiva juventud, con las primeras libertades llegan compaginados los abusos, que pueden hacerse vicios enquistados. En este periodo estamos; sacrificios y pedantería; aspiraciones y suficiencia; altruismo y faroles; justicia y latrocinios increíbles; conciencia y residuos maléficis, etc. Pero al compás del tiempo que lima toda aspereza es oportuno ir desechando, con otras lacras anacrónicas, la idea de la superioridad de los que vienen de viejos pueblos. Ya podemos bastarnos a nosotros mismos porque ya reci-

---

\* *EL UNIVERSAL*, 2 de febrero de 1937.

bimos las ideas directamente, captándolas del acervo infinito que nos rodea. Los hombres superiores reciben las altas ideas al mismo tiempo, por ondas, y yo he pensado muchas veces si el gran número de adeptos que han tenido nuestras revoluciones ha sido debido al anhelo vehemente de alcanzar la libertad deseada, o parte de ella. Es así que este sentimiento de inferioridad de los pueblos recientemente libertados de una serie de opresiones que los dejaron pobres y con los cerebros en tinieblas de ignorancia, subsista en ellos por fuerza de inercia que irá muriendo por fortuna. De ahí que apenas empiecen a creer en sí mismos, sufran interferencias de timideces como azorados libertos que dudan. Esta timidez, otra lacra, es otro enemigo porque excluye toda iniciativa por falta de confianza y por no haber saboreado aún la miel del éxito feliz.

Durante siglos nuestra gente ha sido la víctima de las injusticias de clases, y la mayoría, chicos y grandes, fueron empujados a servilismos y bajezas para ganar la buena voluntad de los que estimaban como superiores. Hoy ya les han ido perdiendo el miedo a los de casa, pero lo manifiestan con los de fuera, por lo regular bribones y bellacos, que les desprecian y explotan ya que se presentan en tan impropia actitud en la lucha por la vida.

Los que llegan, no salieron de sus países por llenos, sino por vacíos, y es sabio adagio aquel que dice, que no sirvas al que ha servido, ni pidas al que ha pedido. No tendrá piedad, y peor aún, si no se les impone respeto. Olvidan luego que son extraños y se creen dueños de vidas y haciendas, tratando a los humildes como a ellos les trataron los suyos.

Tan infeliz y vergonzoso proceder de servilismo al extraño, siempre lo hemos visto y lo vemos a diario, desgraciadamente, no sólo en los pobres diablos que, por hambre, ven una teoría de Reyes Magos en los tipos colocados, patones, con ojitos de aguamiel, quijadas de bullterrier y bocas de rana, sin labios casi; sino que se ve en "las altas esferas" ante cualquier "cherife", "dóctor", capitán de tecolotes o colección de antigüedades restiradas con enaguas, olvidando que cuando uno de nuestros gobernantes va por allá, suelen verlo, si acaso lo ven, como curiosidad mexicana de color.

Desde Root (1906) hasta Trotski (1936) oficialmente, hemos hecho los peores papelitos, ruidosa y ridículamente, gastando lo que para mal vivir falta nos hace día a día.

¡Treinta años de pésimo ejemplo! Por otra parte, cuántos y cuántos personajes pavoneados y personajillos titiriteros, agasajados aquí sin medida, han vuelto a sus países hablando horrores de nuestras empalagosas atenciones que los dejaron agotados y llenos de hastío. Porque a los comisionados "para atenderlos", por falta de tacto y un mucho de servilismo a derecha e izquierda, les sucede, al fin de la jornada, lo que a ciertas viejas encandiladas cuando pescan a un joven que creen un Adonis, aunque se parezca a Casanova: les hacen huir bufando, abrumados de amor.

Y es que nuestra hospitalaria cortesía descansa, casi siempre, sobre un zócalo de servilismo, por sentirnos inferiores. Ansiosamente se busca una alabanza que infle nuestro amor propio ¡y se reciben desdenes y desprecios! La falsa idea que traen de superioridad, nosotros, por torpeza, la confirmamos tontamente, remachando prejuicios y soliviantando egoísmos y ambiciones.

Hay que arrancar de raíz la estúpida idea de la superioridad del extranjero. No pudiendo evitar su presencia, pues de españoles, italianos, franceses, alemanes e ingleses necesitamos su labor y su sangre para acabar de formar nuestra raza, hay que tratarlos con todo comedimiento y seriedad, pero sin bajezas ni servilismos. Hay que hablarles de igual a igual, a veces con indiferencia, y de tú a tú cuando ellos lo hacen por créerse los enanos del tapanco. Todos iguales, y aquí, en nuestra casa, nosotros los primeros.

Se verá entonces que cambian, volviéndose afables y corteses, y hasta familiarizándose entrarán a formar parte de la familia, honradamente. Cuando un extranjero se siente admirado y temido, abusa. Adquiere pésimos modales, es grosero y por cualquier motivo desahoga su mal carácter. Por cierto que un tipo, cuyo endiablado nombre es imposible recordar, escribió un librico cuyo título es la tesis que trata: *Es Conveniente Ser Brusco*. Pues a estos bruscos, de gestos estudiados, poniéndoles en su lugar, cambian, porque pierden el *camouflage*. Tratarlos sin exagerados miramientos y a veces con la áspera dureza que ellos acostumbran, casi siempre da buenos resultados. Verdad muy grande es que los prójimos y contraprójimos toman el paso que nosotros les permitimos, pues el valor de ellos está en nuestra conducta. Nada de dulzonerías. El que se hace de miel se lo comen los jicotes y luego le pican.

Hay un experimento que es sencillo y fácil de hacer. Algunas mujeres, tan guapas como vanas, si en sus casas, vestidas de trapillo, son adorablemente sencillas y amables, cuando se cubren con pieles de sus semejantes, se aplanan y pintarrajean como paredes con frescos comunistas, se ponen ojos como tarántulas por las pestañas peludas y salen tan adornadas como un carro alegórico, ya son otras. A nadie ven porque nadie las merece y mientras más las contemplan los hombres más infladas se levantan, Poneos varios de acuerdo, sonreír o no verlas, y se apagarán como globos de papel agujereados a pedradas. El caso es idéntico.

Cuentan algunos historiadores que los grandes emperadores cuando entraban triunfantes a Roma en sus carros de guerra en medio de una apoteosis de vértigo, llevaban a sus espaldas un esclavo que les repetía: "¡No olvides que eres un mortal!".

Nosotros debemos grabar, por medio de un comportamiento digno, en la coronilla de los extraños, esta frase: **NO OLVIDES QUE ERES UN EXTRANJERO.**